

están sobre nosotros y estamos enredados en ellas. ¿cómo podremos vivir?»

Pedimos de una manera especial la paz, la paz para nuestros días, y para indicar que esta paz viene de Cristo, el sacerdote se santigua con la patena en el momento de hacer esa petición. Estamos conmemorando la muerte y la resurrección de Cristo, aquella pasión bienhechora, que conquistó la paz para el mundo, para aquellos discípulos suyos, a quienes ya puede saludar con estas palabras, que son la síntesis de su victoria: «Pax vobis», la paz, que es ausencia de la guerra, pero sobre todo, la paz interior, la paz positiva, posesión de un tesoro más alto, pues, como nos enseñan los santos, es posible vivir en medio de todos los disturbios y vaivenes sin perder, no obstante, sin que el oleaje llegue a poner en peligro esa paz superior, que reposa en el fondo último del alma.

EL ÓSCULO DE LA PAZ

La idea de la paz domina toda esta parte de la Misa. Al terminar la oración, el sacerdote divide la Hostia en dos partes, y de una de las partes separa una partícula, que deja caer en el vino consagrado. Es lo que se llama «la fracción del pan», con un nombre que servía a los primeros cristianos para designar la Misa, y que nos recuerda también el gesto con el cual los discípulos de Emaús conocieron al Señor cuando, después de oírle comentar el Antiguo Testamento, le invitaron a cenar con ellos. Y el rito va acompañado de estas palabras: «Que la paz del Señor sea siempre con vosotros». Y en este momento, durante los primeros siglos, todos los que asistían a la Misa se daban el beso de la paz, con ceremonia llena de un bello y profundo sentido, aunque hoy nos parezca extraña, porque desgraciadamente nos es más extraño aún el conocimiento de lo que significa. Y lo que significa es esa paz más alta a que antes aludíamos, la paz que Cristo compró con el precio de su sangre; la paz que es amor en los corazones,

y cuya causa es el mismo Cristo, puesto que El la conquista y El la da; aunque tal vez sería más exacto decir que la paz es el mismo Cristo, puesto que El la comunica a los miembros en que vive. Su vida común a todos, los hace a todos hermanos, y nunca podrían sentirse más hermanos que cuando se preparan a recibirle por la Comunión. Por eso el ósculo parte del altar que besa el sacerdote, antes de transmitir el ósculo a la asamblea por medio del diácono o del portapaz. ¿Es extraño que los primeros cristianos, conscientes de este hecho maravilloso, sintiesen la necesidad de expresar con este rito la confianza, el amor santo, que infundía en ellos la participación del Sacramento del amor y la fraternidad?

LA CONMIXIÓN

Al dejar caer en el cáliz la partícula de la Sagrada Hostia, el sacerdote pronuncia estas palabras: «Que esta conmixión y consagración del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo nos ayude a los que lo recibiéremos para la vida eterna».

Es éste un rito en el cual los liturgistas de todos los tiempos han visto un símbolo de la Resurrección de Cristo. Veamos por qué: Ya sabemos que por el sacrificio de la Misa renovamos místicamente la obra redentora de Cristo y en especial su Muerte y su Resurrección; místicamente y no en sus circunstancias históricas, pues Cristo glorificado vive en el reino de su Padre, no sujeto a la historia en su sentido espacial y temporal. De una manera semejante el sacrificio de Cristo está fuera de las leyes del tiempo y del espacio, de suerte que lo pasado vuelve a hacerse presente y lo futuro puede tener esa misma actualidad.

Teniendo esto en cuenta, podemos comprender cómo la consagración separada del pan y el vino simboliza la separación actual del Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Calvario; y en esta forma la doble consagración nos hace pensar en